

LA NATURALEZA Y LAS METRÓPOLIS

Ettore Sottsass



Ahora veo a la naturaleza –la verdadera– en raras ocasiones. Para verla necesito ir a una agencia de viajes donde personas muy competentes organizan, según mi deseo, la mejor manera de hacerlo.

A veces pienso que cuanto más ciudades hay y más casas surgen por todo el planeta, más nos encontramos rodeados de muros y se multiplican también las agencias de viajes que se proponen llevarnos hacia la naturaleza, como en aquella ocasión en que fuimos al desierto en África.

Éramos siete, ocho amigos muy unidos. Cada uno tenía dispuesto para sí un camello; había, además, otros diez camellos que llevaban agua y comida. Nos acompañaban guías que no ignoraban nada acerca de la naturaleza, encendían el fuego, cocinaban en la noche. Sentados a la mesa cantábamos canciones “naturistas”.

Había también una joven camella, muy bonita, virgen, a la que estaba prohibido tocar porque sólo nos acompañaba para recibir su educación de camello para turistas. Ella se mantenía siempre alejada, lejos, muy lejos. Había también un guía que nos enseñaba a observar la naturaleza del cielo.

Así, todos estábamos contentos de ver la naturaleza, y ese viaje a la naturaleza (en el interior de una escafandra de protección) ha permanecido como un enigma para mí.

Generalmente, jamás veo a la naturaleza, sino a través de una ventanilla; por ejemplo, cuando voy a observar peces en los acuarios o cuando debo ponerme, como en la Polinesia, un visor y un esnórquel para sumergirme bajo el agua y descubrir los colores fosforescentes de todo lo que ahí vive; o bien en el zoológico de Amsterdam, parado frente a esas vitrinas que presentan animales o

pájaros nocturnos en una penumbra gris rata causada por el polvo. Todos esos bichos tienen inmensos ojos y nos observan con una mirada fija, como hipnotizados por la oscuridad de la noche. Les toma mucho tiempo ver cualquier cosa, pero cuando por fin lo logran, se lanzan bruscamente, muy alto, de una rama a otra...

En este mismo momento, mientras escribo, observo a la naturaleza a través de una ventanilla de avión; veo nubes, estratos de nubes horizontales sobre el planeta. Hay algo que se me escapa, voy de Frankfurt a Toronto y sin embargo afuera hay formaciones nubosas horizontales como se ven sobre Marte o Júpiter: ésa debe ser la verdadera naturaleza.

Una vez, cuando era todavía un niño, me sumergí en el mar en medio de los arrecifes; había olas enormes, también un ruido ensordecedor que me colmaba el pecho y no podía ya salir del mar; unos amigos suizos –compañeros de escuela que peinaban sus cabellos rubios con coronas de hiedra porque según ellos nos encontrábamos en el Sur– me salvaron; eran más fuertes, me sujetaron y levantaron sobre las rocas. Entonces me enrojecí con la sangre...

La siguiente vez que vi a la naturaleza fue a través de la ventanilla del barco de Max que iba de puerto en puerto en las Cícladas. El mar estaba tan calmo que no se sabía nunca si el barco avanzaba. De la misma manera que a través de las ventanillas se veían siempre los mismos bloques de piedra blanca en medio de sombríos olivos: columnas derrumbadas.

En cuanto a las estrellas, se encuentran lejos, tan lejos que es muy difícil tener experiencias con ellas y con los planetas.

Una vez me acerqué demasiado a la naturaleza: en ese momento se me informó que me encontraba muy enfermo y que iba a morir. "Más le vale hacer su testamento", me dijeron. La naturaleza había entrado en mí tan suavemente, sin siquiera anunciarse, de la misma manera que sobre el río Sepik, una mañana vi salir de la bruma y venir hacia mí sobre el agua, en el mayor silencio, no sé cuántos miles de libélulas recién nacidas, con alas blancas como de leche. Una bandada compacta de un metro de alto.

En otra ocasión, la naturaleza cayó sobre la cabeza de Bárbara bajo la forma de un relámpago enceguecedor. Bárbara se encontraba en ese momento en la cocina y afortunadamente tenía puestos sus zapatos tenis porque, si no, hoy sería solamente una cuchara de cenizas.

No tengo una muy buena opinión de la naturaleza. Para mí la naturaleza ha sido siempre un enemigo, un enemigo feroz, aun sabiendo que en realidad, para ella, los hombres no significan nada.

La naturaleza piensa que los hombres están bajo su poder, de la misma manera que los temblores de tierra, las tempestades, los mosquitos, las inundaciones, las estaciones, al igual que su poder de secar o



regar los desiertos, su poder para hacer crecer las mariposas o las ballenas, su poder de estrellar las rocas o de hacerlas remontar del fondo del mar, y todas esas cosas que pasan en los planetas o sobre las estrellas.

La naturaleza piensa que todo está bajo su poder, incluido el ADN, incluidos los átomos, incluidos el gas y las explosiones, y su manera de pensar difiere tanto de la nuestra que no comprendemos nunca nada, o probablemente muy poco de su lógica, que a final de cuentas nos provoca un miedo tremendo.

La naturaleza, desde mi punto de vista, es horrible, cinica, malvada, asesina, perversa, imprevisible, incontrolable... y en lo que a mí concierne, la detesto.

Los pescadores también la detestan, y los montañistas, y los camelleros, y los aborígenes australianos, y los esquimales, y aquellos que deben dormir bajo los puentes; por el contrario, la aman mucho los jugadores de golf, al igual que los adeptos a los safaris, los marinos de domingo y los esquiadores en telesquí... Pero yo la detesto. Y debido a este odio que suscita la naturaleza es que los hombres en la antigüedad se escondían en las cavernas, y entre más profundas eran las grutas, mejor, de cualquier manera salían de ellas lo menos posible.

Posteriormente, luego de las grutas, las defensas no han dejado de perfeccionarse y hoy en día se ponen a punto resguardos todavía más sofisticados que nos protegen de esta horrible manifestación cósmica que es la naturaleza.

Es por esta razón que las metrópolis nacieron. En ellas el agua se mantiene tranquila en las tuberías, al igual que el fuego, encerrado en los conductos de gas o en los cables de electricidad; y para cuando llueve hay paraguas y protecciones especiales en las paradas de autobús, así se puede esperar el transporte o bien a las limosinas. Y hay miles de millones de ventanas para dominar la luz del día y vidrios para protegerse del viento, ascensores para atenuar la fatiga y muchos otros dispositivos del mismo orden destinados a controlar a la naturaleza. Millones de astucias, pequeñas y grandes, con el fin de que la horrible naturaleza no nos salte a la garganta y no nos elimine demasiado rápido.



Pero, sobre todo, existen metrópolis que son como selvas artificiales de inmuebles, de casas, de edificios, grandes, pequeños, muy altos, más altos todavía; y esas inmensas selvas se encuentran en proceso de cubrir a todo el planeta, crecen en todos los lugares como inmensos campos artificiales para el cultivo de hongos (a propósito, ¿es verdad que es imposible controlar el crecimiento de las cepas y de las trufas?).

Un tipo como yo, en la actualidad, no hace sino caminar, vivir, viajar, descansar, comer y trabajar en el interior de esta selva que cubre la totalidad del planeta como un moho, una penicilina que nos protege de los microbios naturales. Y luego existen selvas artificiales de todo tipo: selvas japonesas, americanas del norte y americanas del sur, asiáticas, indias, chinas, turcas, africanas, en todos los rincones del planeta se cultivan este tipo de selvas con el fin de evacuar a la horrible naturaleza, con la finalidad de meterla en conductos dotados de llaves. Los parques, por ejemplo, los tan hermosos parques ingleses y todos aquellos que están

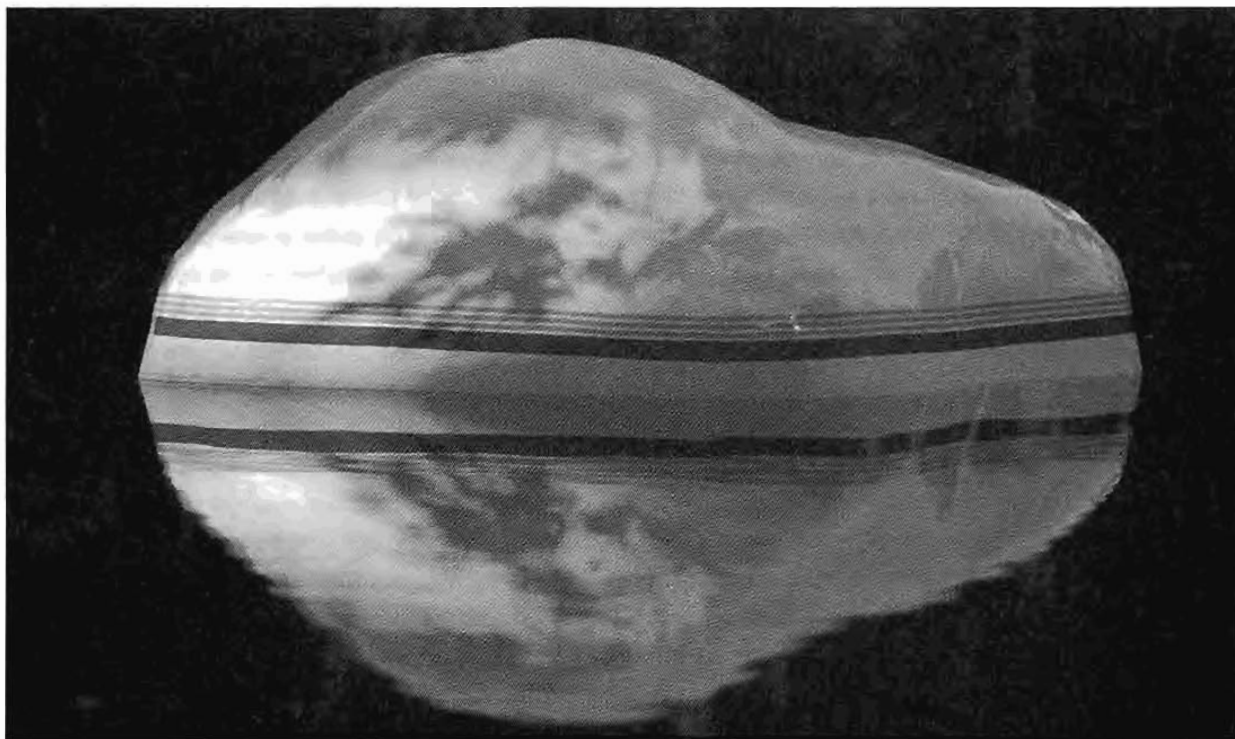
diseminados en las metrópolis un poco por todas partes, tipo Central Park en Nueva York, todo esto ha sido para meter a la naturaleza en los conductos con grifos, porque de esa manera basta con abrir la llave durante el fin de semana para gozar de la naturaleza, con patines de ruedas en los pies, o periódicos extendidos sobre el pasto, o simplemente corriendo vestido con una pequeña camiseta y un *short*.

(En ocasiones, en esos “conductos de naturaleza” hay quienes resultan apuñalados, en vista de lo cual, se entiende, la naturaleza artificial no es siempre algo sin peligro.)

Hay también “grifos de naturaleza” de los que fluyen tulipanes, ustedes saben de aquellos que se meten en las casas; y hay llaves para todos los tipos de plantas, las desdichadas, tan artificiales que se logran dar incluso al lado de los radiadores o detrás de las cortinas de las ventanas y en los vestíbulos de los hoteles, y en los pasillos, en los congresos (incluso en los políticos), y luego en las oficinas con buena vista: una vez hice notar, en vano, que la naturaleza estaría más presente en las oficinas si, cada media hora, o incluso cada hora, una bonita mujer se paseara en ellas desnuda.

Sea como sea, tengo la certeza de que un día llegaremos, a pesar de los nostálgicos, de los religiosos, de los verdes y de los fanáticos del medio ambiente, un día u otro lograremos vencer definitivamente a la odiosa naturaleza.

Tengo la seguridad de que el planeta se convertirá en una sola metrópoli de la cual serán barridos todos los peligros. De los techos,





las tempestades serán canalizadas a través de ramales y terminarán en ríos bordeados de altos diques de hormigón; los temblores no causarán ningún daño porque las ciudades serán de hierro; y las naranjas, las manzanas, las fresas, los tomates serán perfectos, maravillosamente coloreados y brillantes; no habrá más árboles rotos, amarillentos, torcidos, ni incluso prados manchados; las orquídeas crecerán sobre las escaleras; las mujeres y los hombres serán todos hermosos, delgados, esbeltos, se sentirán bien con ellos mismos, tendrán una vista impecable, y todos harán el amor a la perfección; los corazones eventualmente serán reemplazados a tiempo, y así, todo.

Un chalado, bien protegido bajo su yelmo y su coraza, probablemente desafiará a la naturaleza en la París-Dakar.

Los locos de este género serán considerados héroes y acto seguido se convertirán en mitos vivientes...

En lo que a mí concierne, de cualquier manera, no tengo la menor intención de salir de nuestra inmensa y familiar selva artificial. En ella las mujeres son muy bellas —casi todas, modelos de Giorgio Armani o Romeo Gigli, vienen en avión de Alemania o de California; Vincenzo me vende guisantes frescos en enero, calabacines en febrero y succulentos espárragos pequeños y tiernos de la cabeza a los pies en noviembre; hay libros y galerías de arte de donde puedo copiar todo cuando lo deseo y aparecer así como un intelectual; en mi casa la temperatura es cálida o fresca, y ahora dispongo también de

un fax ultrarrápido; las calles están llenas de gentes alertas, contentas de encontrarse culo contra culo. En ocasiones alguno desliza su mano en el escote de una mujer. A veces otro intenta robarle. Los bares venden café y bollos. De un sitio a otro, en la calle, hay un teléfono. Uno busca hacer negocios, otro más busca un *affaire* para jugar con alguien en la cama.

¿Qué pasa en la naturaleza?

A mí me bastan pequeñas metáforas del tipo: bañarse en el Mediterráneo en agosto, rodar en las olas del verdadero Maupiti o ver pasar los satélites por la noche. Me contento con una naturaleza para niños, me son suficientes los juegos para niños. Me basta con oler el aroma de la primavera que llega un día de marzo una hora o dos después del mediodía; me es suficiente con saber que el cosmos existe; me basta saber que la verdadera naturaleza existe probablemente en algún lugar. Me es suficiente saber que, en algún sitio, hay un vacío infinito.

A propósito del musgo artificial, a propósito del inmenso Amazonas artificial formado ya sobre el planeta, la inmensa selva artificial protectora, llegará posiblemente un día —a menos que ese día no haya llegado ya— en que se sentirá tan segura de su poder



que comenzará a generar horribles peligros inéditos. Sí, parece que nos complicará la vida con su cinismo artificial, su malignidad artificial, sus virus artificiales, sus nuevas pestes artificiales, para las cuales no hemos aún preparado nuevas góndolas negras.

Sí, parece que esta nueva naturaleza artificial en la cual buscamos protección se encuentra en trance de desarrollar por su propia cuenta lógicas idiotas, incomprensibles, inutilizables, incontrolables.

Porque parece que la naturaleza artificial se desarrolla siguiendo los mismos procesos que el cosmos, y que produce también oscuras tempestades, cataclismos diversos, temblores de tierra y hecatombes increíblemente artificiales y también incomprensibles.

En general, a ese lado completamente artificial de las nuevas tempestades, de los nuevos cataclismos, de los nuevos temblores de tierra y de las nuevas hecatombes, lo llamamos tecnología y, hoy, la fenomenal ininteligibilidad de la tecnología se encuentra en buen camino.

Como si la especie humana hubiera sido gratificada con un destino hecho totalmente al margen de este planeta. Un destino particular que le causa problemas de sobrevivencia absolutamente particulares. Los hombres, sin duda, se creen demasiado complejos, o en todo caso demasiado maliciosos. A menos, simplemente, que no sean más débiles, más frágiles que los otros animales, de ahí esas metrópolis que, a fin de cuentas, no los protegerán ni siquiera un poco.

Los topos, por ejemplo, se adormecen en su hoyo una vez llegado el invierno y se mantienen ahí. Los topos se defienden suficientemente bien. Las abejas y las hormigas igualmente, una cantidad de especies animales se defiende de forma acertada y, cuando logran hacerlo de la manera en que ellos son, se transforman, se disfrazan, se inventan colores insólitos, hacen crecer sus patas, sus dientes o sus orejas y, si es necesario, en lugar de descender a los ríos se elevan al aire, y los pájaros —que tienen la posibilidad de volar— viajan a golpe de ala durante días y días para alcanzar un pequeño sitio bien caliente. Los animales de este planeta, al igual que las plantas, son muy atrevidos; el miedo al cosmos, por lo que yo sé,

no les concierne en mucho; probablemente sólo concierne a los hombres. Los hombres tienen miedo al cosmos y, en consecuencia, han inventado todas esas tonterías de religiones y de sacerdotes con el objeto de esconder su miedo. Los animales, por el contrario, pertenecen con toda probabilidad de una manera totalmente natural al vacío, a la soledad, al absurdo del cosmos.

Sea lo que sea, por mi parte, debo decir que yo me defiendo en esas extrañas e incomprensibles metrópolis, llenas de calles y de rascacielos. No las uso sino muy poco. Me sirvo solamente de algunas calles, algunos barrios, dos o tres cafés, tres o cuatro restaurantes, un médico, o dos —un cardiólogo—, un vendedor de periódicos, un verdulero, un cine o dos raramente, una estación de taxis.

El resto, no lo conozco. Casi nunca me aventuro a la gran selva artificial.

De hecho, la gran selva artificial me provoca un miedo terrible.

Tengo miedo a la multitud, miedo a todas esas generaciones que se derraman en las calles, miedo a las nubes de vapor que se elevan del asfalto y a esas otras que se reflejan en los rascacielos, miedo al Gran Hotel cinco estrellas que, como embajada, luce inmensas banderas, miedo a las luces que se encienden en el crepúsculo, miedo a las ambulancias, a los perros y a sus amos, miedo a los árboles artificiales y a los guisantes, a los lenguados congelados, miedo a nadar en una piscina cubierta, miedo a la televisión el domingo después del mediodía.

A pesar de todo, soy un loco de las metrópolis, creo que no se puede vivir sino en ellas; las metrópolis me excitan, me dan la medida del riesgo de la vida, incluso —lo sé— las metrópolis no me protegen, incluso —lo sé igualmente— las metrópolis me matan. ¿Pero qué es lo que no me mata? Últimamente, el alcohol, bebo tanto y más aun.

Tomado del catálogo de la exposición Ettore Sottsass, en el Centro Georges Pompidou, París, 1994. Traducción de Ricardo Téllez Girón.

